

LÉONARD LEHMANN OFM<sup>Cap</sup>

## FRANCISCO Y LA BELLEZA

«Francesco e la bellezza», en *Parola, Spirito e Vita. Quaderni di lettura biblica* n. 2 (2001) 205-220.

Quien escucha el nombre de Francisco y lo relaciona con el concepto de belleza, piensa espontáneamente en su famoso *Càntico de las criaturas*, una de las primeras composiciones de la naciente lengua italiana. De hecho, en el texto, no sólo aparece por dos veces el adjetivo «bello», sino que además predomina el asombro de Francisco por el orden maravilloso del cosmos. En consecuencia, gran parte de nuestro estudio se centrará sobre el texto poético del Santo. A esta primera consideración es necesario añadirle un segundo ámbito de profundización: la belleza de la creación es para Francisco «sólo» un reflejo de la belleza de Dios creador, fuente de todo lo que es bueno y bello. Para la comprensión del mensaje de belleza del *Cantico* es fundamental el contexto en el que nace el texto, en cuya base no se halla una especie de sentimiento romántico, sino una conciencia proveniente de la fé; esta clave hermenéutica es confirmada por la experiencia dolorosa y, al mismo tiempo, gozosa de la estigmatización en la Alverna, donde Francisco experimenta a Dios como belleza y también como humildad. Esta última expresión es sorprendente en la boca de aquel que quiere proclamar la grandeza y la omnipotencia de Dios trino y uno. Un efecto de la experiencia de la bondad y humildad de Dios, esta última manifestada particularmente en la eucaristía, no es solamente la alabanza, sino también el compromiso de conservar bello cuanto Dios ha creado y de convertir nuestro ambiente en un lugar digno de la habitación divina. La ecología y la eulogia deben ir de la mano.

## A) LA BELLEZA DE LA CREACIÓN

El *Cantico de las criaturas* es conocido también como *Cantico del hermano Sol*,<sup>1</sup> por ser la primera criatura citada y llamada con tono de admiración:

El texto base es el editado por V. BRANCA, *Il Cantico di frate Sole. Studio delle fonti*

«el señor hermano Sol»; este título revela ya tanto el respeto ante el gran Señor (o *Messieur*; sabemos que Francisco amaba la lengua francesa, de la cual tomó también su nombre), como el vínculo fraterno que lo unía a las criaturas. De hecho, el Pobrecillo de Asís es el primero en el cristianismo que emplea el apelativo «hermano» y «hermana» para las criaturas inanimadas, ampliando así el concepto de hermandad, que el Nuevo Testamento emplea sólo para los hombres. Cada criatura adquiere en la alabanza de Francisco un rostro fraterno. Mediante una actitud de ternura y reverencia, él se une con todo lo creado por Dios y que, por lo tanto, es bueno.<sup>2</sup>

Sin embargo, no obstante la inmersión en la amplitud cósmica, no falta en el texto la dimensión personal. El cantor no se pierde en el cosmos, ni se identifica con éste ni con la multitud de las criaturas, sino que, gracias al calificativo de hermano-hermana, muestra que todo le es familiarmente cercano, pero también distinto. Justamente, el *Cántico del hermano Sol* debe su unicidad y belleza a esta relación fraternal con la creación. Todo lo contrario que un homenaje al panteísmo, el *Cántico del hermano Sol* es, como revela su inicio, una doxología dirigida al «Altísimo, omnipotente, buen Señor» que «ningún hombre es digno de hacer... mención». Sólo a él es dirigida la alabanza *por* y *a través* de todas las criaturas,<sup>3</sup> que manifiestan una parte de su gloria y belleza resplandeciente, que él ha dejado impresa en las cosas creadas.

*e testo critico*. Ristampa 1994, Leo S. Olschki, Firenze 1994 (original de 1950). Para un comentario cf. C. PAOLAZZI, *Il Cántico difrate Solé*, Marietti, Genova 1992. L. LEHMANN, «Himno a la creación. El Cántico del hermano Sol», en *Selecciones de Franciscanismo* n. 71 (1995) 179-207; ID. *La preghiera francescana*, EDB, Bologna 1999, 118-122.

<sup>2</sup> Cf. Gen 1, 4.10.12.18.21.25.31; ITm 4,4.

<sup>3</sup> Siete veces se repite en el *Cántico* la preposición «por», que a nuestro parecer conlleva dos matices semánticos: Francisco alaba a Dios *por* (a través de) las criaturas y le da gracias *por* (a causa de) su belleza, utilidad y variedad. Del mismo parecer son: R. MANSELLI, *Vida de San Francisco*. (Col. Hermano Francisco, 32). Oñati 1997, 308; A. OXILIA, *Il Cántico difrate solé*, Leo S. Olschki, Firenze 1984, 60, y otros estudiosos. A favor de la sola interpretación instrumental se manifiesta C. PAOLAZZI, *Lecture degli scritti di Francesco*, Edizioni O.R. Milano 1987, 96s; ID., *Il Cántico difrate solé*, 77: «Una lectura del *Cántico* a la luz de los escritos y de las otras alabanzas de Francisco [...] excluye decididamente la interpretación causal del *por*, a favor de la de agente ("loado seas *por*...") o más probablemente de la instrumental ("loado seas *por* medio...").»

### 1. *Un canto nacido en el sufrimiento*

No debe olvidarse que el *Cántico del hermano Sol* no surgió en una mañana de primavera del corazón de un joven hombre a quien sonreía la vida, sino «cuando Francisco yacía enfermo en San Damián», noticia biográfica que trae el códice más antiguo, cod. 338 de Asís, inmediatamente antes del texto del *Cántico*. Sabemos muy bien que la salud de Francisco sufrió un duro golpe desde su encarcelamiento en Perusa, donde probablemente contrajo la malaria con la secuela de recurrentes fiebres altas, letales para el hígado, que duraban cuatro días. Sus continuos ayunos y su dedicación, sin tregua, a las predicaciones itinerantes y a trabajar por la paz, lo estaban debilitando lentamente. Durante su viaje a Egipto (1219/20) contrajo una conjuntivitis, que de manera progresiva lo conducía a la ceguera. Los cuidados médicos de entonces, más que curarle, multiplicaron sus dolores; dado que el tracoma segregaba de sus ojos un líquido lacrimal purulento, se consideró oportuno usar el procedimiento del secado. Así, se pasó a la cauterización, quemando con un hierro candente, sin anestesia, la parte comprendida entre la oreja y la ceja. Francisco, aún debilitado por las llagas recibidas en la Alverna en septiembre de 1224, se sometió a esa dolorosa intervención en el verano de 1225, en Fonte Colombo cerca de Rieti. La operación no tuvo éxito alguno, sino que más bien le produjo la ceguera casi total y le aguzó sus dolores hasta darle la impresión de tener espinas clavadas en los ojos. Sin embargo, en este periodo, no se replegó sobre sí mismo en actitud narcisista, sino que instruyó a menudo a los hermanos, dictó cartas y trabajó por la reconciliación del obispo con el alcalde de su ciudad natal. Dice el primer biógrafo en la segunda *Vida* de Francisco: «Era milagroso de veras que un hombre abrumado con dolores vehementes, de parte a parte, tuviera fuerzas suficientes para tolerarlos. Pero a estas sus aflicciones les daba el nombre no de penas, sino de hermanas.»<sup>4</sup>

### 2. *Júbilo pascual en el Viernes santo*

¿De dónde nace en Francisco la reconciliación consigo mismo y con cualquier aspecto de la vida, incluso con las «hermanas enfermedades» y

<sup>4</sup> 2Cel 212.

con «nuestra hermana muerte», como la saluda en el *Cántico del hermano Sol* Francisco percibe con una seguridad impresionante que Dios está también en el sufrimiento y en la oscuridad. Con esta fe y confianza, y animado por una irresistible inspiración, estalla en el canto: «Altísimo, omnipotente, buen Señor...». En su situación, llamar a Dios *bueno*, requiere fuerza y coraje, y sobre todo se necesita poseer el mismo espíritu de donación total de sí que ha tenido Jesús: «Abba, Padre,... no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Me 11,36). No por casualidad Francisco oraba, a menudo con Jesús, en su *Oficio de la Pasión*: «Padre Santo, no alejes de mí tu auxilio»,<sup>5</sup> para identificarse con la obediencia amorosa, con la cual el Hijo de Dios se ofreció a su Padre.

En el *Cántico del hermano Sol*, vivido y compuesto en la situación de una grave enfermedad, nada debe darse por supuesto. De hecho, cuando estamos enfermos, cuando estamos preocupados u ocupados de modo particular con nosotros mismos, lo que normalmente disminuye o incluso se extingue es la relación con la naturaleza. No fue así para Francisco. A pesar de que la luz lo hacía sufrir, alaba a Dios por la fuerza luminosa del «señor, hermano sol». Aunque ya no podía casi comer, agradece a la madre tierra por sus «diversos frutos con coloradas flores y hierba». Omitiendo la parte peligrosa y trágica de la naturaleza, esto es, no diciendo nada de la fuerza destructora del fuego y del agua, exalta solamente las obras maravillosas de la creación. Y por esta razón, respecto al tiempo, alaba a Dios no sólo por el tiempo sereno, sino también «por todo tiempo». Parece que el *Cántico del hermano Sol* contemple la creación sumergida ya en el cumplimiento final, en esto se asemeja a los himnos de victoria de la Biblia, por el ejemplo, en el Sal 98 o en Apoc 15, 3-4, donde se exalta anticipadamente el futuro y eterno señorío de Dios. En el poema de Francisco resuena el júbilo de Pascua. En su cuerpo enfermo, extenuado, casi deshecho y marcado con las llagas, aparece el reflejo de Cristo resucitado. En él sobresale la fuerza de aquel que ha dicho: «En el mundo viviréis atribulados; pero tened buen ánimo, yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33).

<sup>5</sup> OfP 1, 9.

### 3. *El cosmos como una gran familia*

El *Cántico del hermano Sol* se asemeja a un icono de la transfiguración o de la resurrección. Para ver la belleza del texto es necesario considerar su estructura bien ordenada y consecuente en el sucederse las criaturas en este cántico universal. Sin dispersarse en la multiplicidad de las criaturas, Francisco percibe y llama por su nombre a los elementos fundamentales: el día con el sol triunfal; la noche con sus luces que la regulan: la luna y «las estrellas claras, preciosas y bellas», el viento siempre en movimiento; el agua «muy útil, humilde, preciosa y casta»; el fuego «bello, jocundo, robusto y fuerte»; la tierra con sus flores y frutos. Estos seis elementos, alternativamente masculinos y femeninos, son presentados por parejas; cada uno es considerado, según su sexo simbólico, hermano o hermana, o, en el caso de la tierra, madre. «Nuestra hermana la madre tierra», como último elemento, corresponde al primero: al «señor hermano Sol». El cosmos, pues, está ordenado según tres parejas de hermanos y hermanas en las cuales el sol y la tierra son como los hermanos mayores, que protegen y rodean a las otras criaturas más pequeñas:

El *señor* hermano sol y hermana luna

Hermano viento y hermana agua

Hermano fuego y nuestra hermana *madre* tierra

Una genial intuición permite a Francisco revelar una especie de parentela de sangre con los seres inanimados: el atributo hermano-hermana, además de aludir a la misma familia e inspirar una cierta ternura, implica una idéntica composición (materia) y un único origen que es justamente el Padre celestial. Él es el gran invisible que está detrás de la Madre tierra con todos sus hijos e hijas, nuestros hermanos y hermanas. Él es el «Altísimo, omnipotente, buen Señor», del cual proceden y al cual vuelven.

### 4. *La gloria del hombre: vencerse a sí mismo*

Después de las estrofas que se detienen, maravilladas, sobre la belleza del macrocosmos, el texto nos conduce al microcosmos, al hombre. Sin embargo, del hombre no se cantan la fuerza, la belleza y el dominio sobre la naturaleza, sino la capacidad de soportar, de sufrir y de crear la paz. Frente a la armonía de las criaturas, se abre un mundo de negati-





una gran consideración incluso entre los cristianos ortodoxos que lo han definido como un «icono de la indivisa santidad de la Iglesia».<sup>12</sup>

El Pobrecillo ha sido atrapado por el amor de Dios y ha sido hecho partícipe de su santidad. En una unión transformadora de amor y dolor, de dulzura y belleza, de anonadamiento y exaltación se ha realizado en Francisco, lo que Buenaventura ha sintetizado con un eficaz lenguaje místico: «El verdadero amor de Cristo había transformado en su propia imagen a este amante suyo».<sup>13</sup> Las llagas son como el sello de la total transformación y asimilación de Francisco a Cristo, tanto que podía orar como Pablo: «Ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí» (Gal 2, 20). Semejante a cuanto sucedió a san Pablo, también a Francisco la cruz le ofreció nuevos parámetros de la belleza, tanto que amonesta a sus hermanos: «Aunque fueses más hermoso y más rico que todos, aunque también hicieses milagros de modo que ahuyentases a los demonios, todas estas cosas te son contrarias, y nada te pertenece y nada puedes gloriarte en ellas; por el contrario, en esto podemos gloriarnos, en nuestras enfermedades y en llevar a costas diariamente la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo.»<sup>14</sup>

En este contexto debe recordarse también la figura de santa Clara (t!253) que, sin dejar nunca el claustro de San Damián, estableció una profunda amistad con la hija del rey Ottocar I de Bohemia (t!230), Inés de Praga (t!282); invadida por el ideal clariano, Inés rechaza un atractivo matrimonio real para abrazar la forma de vida de Clara, fundando

<sup>12</sup> M. T. ALEXEEVA-LESKOV, «Francesco d'Assisi, icona della indivisa santità della Chiesa», en *San Francesco educatore spirituale*, a cura di R. FALSINI, Edizioni O.R., Milano 1982; Y. SPITERIS, *Francesco e l'Oriente cristiano*, Istituto Storico dei Cappuccini, Roma 1999, concluye su comparación entre Francisco y el gran filón de la tradición cristiano-oriental con esta afirmación: «Los ortodoxos están convencidos que se podrá realizar más fácilmente el renacimiento del cristianismo en su frescura y en su belleza primitiva y la unidad de las dos Iglesias, si se realiza el encuentro del espíritu franciscano y del espíritu de la ortodoxia. El franciscanismo tiene necesidad del oriente para comprenderse a sí mismo y el oriente tiene necesidad del franciscanismo» (243).

<sup>13</sup> LM13,5.

<sup>14</sup> Adm V, 7-8. Cf. S. DURANTI, *Francesco ci parla: commento alle Ammonizioni*, Edizioni Porciuncula, Assisi 1992, 120-131.

el primer monasterio clariano en Bohemia.<sup>15</sup> Del intercambio epistolar entre las dos santas nos han llegado cuatro cartas enviadas por Clara a Inés, en las cuales le exhorta con fuerza a profundizar cada vez más en su camino de contemplación dirigiendo los ojos del espíritu a Jesucristo como espejo en el que admirar la fuente de todo resplandor: «cuya belleza admiran el sol y la luna, y cuyos premios y su preciado valor y grandeza no tienen fin», como escribe en la tercera carta;<sup>16</sup> y en la cuarta se congratula con la «madre e hija, esposa del rey de todos los siglos..., porque tú, esposa de Cristo, renunciando a todas las vanidades de este mundo, te has desposado admirablemente, ..., con el Cordero immaculado, que quita los pecados del mundo. Dichosa, en verdad, aquella a la que se le ha dado gozar de este sagrado banquete, y apegarse con todas las fibras del corazón a aquel cuya belleza admiran sin cesar todos los bienaventurados ejércitos celestiales; cuyo amor enamora, cuya contemplación reanima, cuya benignidad llena, cuya suavidad colma, cuyo recuerdo ilumina suavemente».<sup>17</sup> Como en las *Alabanzas al Dios altísimo*, también en este texto aparece un lenguaje «afectivo-sensual», testimonio de la profundidad con que los dos santos de Asís han «experimentado» la presencia y la eternidad, la belleza y el misterio, la cercanía y la distancia de Dios grande y humilde. En ellos se ha verificado cuanto Francisco, en una especie de credo, proclama lleno de estupor, en la *Carta a los Fieles*:

«¡Oh cuan glorioso y santo y grande es tener en el cielo un padre! ¡Oh, cuan santo es tener un esposo, defensor, hermoso y admirable! ¡Oh, cuan santo y cuan amado es tener un tal hermano e hijo, agradable, humilde, pacífico, dulce y amable y más que todas las cosas deseable!, que dio su vida por sus ovejas...»<sup>18</sup>

<sup>15</sup> Cf. A. MARINE *Agnese di Bohemia*, Istituto Storico dei Cappuccini, Roma 1991; CHIARA D'ASSISI, *Lettere ad Agnese, La visione dello specchio*, a cura di G. Pozzi e B. RIMA, Adelphi Edizioni, Milano 1999.

<sup>16</sup> 3CtaC1 16.

<sup>17</sup> 4CtaC1 4, 8-12.

<sup>18</sup> 2CtaF 54-56.

## 2. «¡Oh humildad sublime!»

La invocación más sorprendente presente en las *Alabanzas al Dios altísimo* de Francisco es aquella de «Tú eres humildad». Mientras expresiones como «tú eres paciencia» o «tú eres sabiduría» podrían encontrarse también en el A.T., la afirmación «tú eres humildad» solamente es posible en el N.T. A partir de la encarnación del Hijo de Dios y de su muerte en cruz, la potencia de Dios se nos ha revelado como voluntaria impotencia, como don y servicio en el interior de un movimiento de descenso y humildad. Que Dios sea humildad es en sí y por sí una paradoja, cuya proclamación ha sido posible sólo en el cristianismo. Y puede decirse que en el interior de esta novedad, Francisco ha desempeñado un papel muy importante, porque con su estilo de vida y sus opciones ha puesto en el centro de atención de la cristiandad un tema algo olvidado en aquel tiempo, proclamando a su gente la humildad y la pobreza de Dios. Diversos y sorprendentes fueron los medios que empleó para recordar al mundo esta verdad paradójica, manifestada en Cristo: en particular vale la pena recordar aquí la representación del *nacimiento* en Greccio. Simple y precisa es la motivación adoptada por Francisco para realizar esa memoria visible del misterio de la encarnación: «Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno.»<sup>19</sup> Quiere representar el nacimiento de Jesús del modo más natural posible; lo que contempla con los ojos del espíritu, lo que le conmueve interiormente, quisiera verlo también con los ojos del cuerpo, en la realidad del mundo visible. Greccio se transforma así en una nueva Belén. Pero Francisco no se limita a reproducir la escena de Belén, pues hace de este acontecimiento un momento de anuncio y de realización sacramental: canta el evangelio de la Noche santa, predica con mucha emoción y sirve después la santa Misa, celebrada por un hermano. El misterio de la Encarnación, tan enaltecido en aquella noche, desemboca en el de la Redención y en la presencia eucarística de Cristo resucitado. Pesebre [belén], cruz, altar han sido considerados siempre los puntos inamovibles de la espiritualidad franciscana, porque en ellos se celebra y se realiza el único misterio de

<sup>19</sup> ICel 84.

la humildad de Dios, que se ha hecho visible y tangible en el nacimiento de Jesús y en su crucifixión, y se prolonga en la historia a través de la eucaristía. Y es particularmente en ésta última donde Francisco percibe y vuelve a proponer, en la realidad de los signos sacramentales, la presencia del «Dios vivo y verdadero», «grande y liumilde», una paradoja que proclama en un espléndido pasaje de su última *Carta a toda la Orden*, donde prorrumpe en una serie de exclamaciones y de alabanzas dirigidas al misterio de la encarnación:

¡Oh admirable celsitud y asombrosa condescendencia! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad, que el Señor del mundo universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan!<sup>20</sup>

El texto refleja con fuerza el profundo estupor y la inmensa alegría con que Francisco medita y celebra la santa eucaristía, como acontecimiento de la cotidiana humillación de Dios omnipotente y glorioso. Él ve en la fugaz apariencia del pan la presencia del Señor del universo, en el modesto y poco llamativo signo del vino la belleza del Rey celestial.

## C) EL EMBELLECIMIENTO DE LA CASA DE DIOS

Es justamente en el contexto eucarístico donde Francisco frecuentemente exhorta a tener cuidado de los objetos y de las realidades ligadas al sacramento del altar. En su *Carta a los clérigos* exhorta a todos los que administran «tan santísimos misterios» a considerar «cuan viles son los cálices, los corporales y los manteles en los que se sacrifica el cuerpo y la sangre de nuestra Señor».<sup>21</sup> Todos son invitados a una actitud de profundo respeto a la eucaristía, con acciones concretas para honrarla: «...dondequiera que esté indebidamente colocado y abandonado el santísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, retírese de allí y póngase y guárdese bajo llave en lugar digno. Del mismo modo, dondequiera que se encuentren los nombres y palabras escritas del Señor en lugares indecentes, recójense

<sup>20</sup> CtaO 27.

<sup>21</sup> CtaCle 4.

y coloquense en sitio decoroso».<sup>22</sup> El enésimo y definitivo testimonio de su amor a la eucaristía lo encontramos en el *Testamento*: «Y quiero que estos santísimos misterios sean honrados y venerados por encima de todo y colocados en lugares dignos. Y dondequiera que encuentre en lugares indebidos los santísimos nombres del Señor y sus palabras escritas, quiero recogerlos, y ruego que se recojan y se coloquen en lugar decoroso».<sup>23</sup> Es interesante señalar que Francisco nutre una particular veneración no sólo por el sacramento del altar, sino también por el nombre de Dios y por su Palabra, todos son, de hecho, símbolos reales -si bien diferentes entre sí- de la presencia divina. En consecuencia, la veneración, que él exhorta que han de tener los hermanos, debe expresarse a través formas concretas y adecuadas: la eucaristía hay que conservarla en un «lugar precioso» y los libros litúrgicos («los nombres y las palabras escritas») en un «lugar decoroso». Francisco invita, pues, a un respeto particular y concreto hacia estos signos sacramentales vinculados a la eucaristía, realizando al mismo tiempo una importante distinción entre el sacramento por excelencia, al cual se le reserva un lugar precioso (incluso costoso), y la Palabra del Señor que hay que colocar en un lugar decoroso, limpio y honroso. Por más que Francisco insista sobre la pobreza y quiera que las iglesias y las habitaciones construidas para los hermanos sean pobres,<sup>24</sup> hace una excepción a la pobreza, cuando se trata de la eucaristía, invitando a sus hermanos a preferir el decoro y la belleza. Aquí radica el motivo por el cual las iglesias franciscanas son sencillas y poco adornadas en las naves, pero a menudo enriquecidas de pinturas y de tablas en los ábsides; otro tanto sucede en las iglesias de los capuchinos, cuya simplicidad contrasta con la belleza de sus tabernáculos de madera taraceados con exquisitez por las manos expertas de hermanos laicos.<sup>25</sup> Tal atención artística constituía un acto de fidelidad a la exhortación dirigida por Francisco a sus hermanos, invitados a honrar «sobre todas las otras cosas» a la eucaristía. Clara, por su parte, siguiendo el mismo espíritu de devoción eucarística

<sup>22</sup> CtaCle 11-12.

<sup>23</sup> Test 11-12.

<sup>24</sup> Cf. Test 24.

<sup>25</sup> Cf. por ejemplo G. SANTARELLI, «I Tabernacoli lignei dei Cappuccini delle Marche», en *Italia Francescana* 74/1 (1999) 23-96; E CAROSELLI, *I Tabernacoli lignei dei Cappuccini Emiliani*, Pozzi Editare, Reggio Emilia 2000.

de Francisco, concretaba su fe bordando corporales y manteles, que enviaba, a través de los hermanos, a las iglesias de los alrededores de Asís, para contribuir así a una celebración digna y devota. No es superfluo recordar aquí cuánta dedicación y devoción han empleado, a través de los siglos, tantas hermanas en su humilde y silencioso servicio por las iglesias, bordando y cosiendo, lavando y planchando la ropa litúrgica, limpiando y adornando las iglesias y las capillas.

Los compañeros que han vivido más cerca del Santo nos refieren haber visto muchas veces a Francisco ir de un sitio para otro con una escoba para limpiar las iglesias.<sup>26</sup> Ésta era una manera concreta de expresar su fe en la presencia de Dios, su veneración por los lugares sagrados y su deseo de embellecer el lugar de culto. Él enseñaba a sus compañeros a inclinarse, cuando veían una iglesia o una cruz y a decir: «Te adoramos, Señor Jesucristo, aquí y en todas las iglesias del mundo entero, y te bendecimos, pues por tu santa cruz redimiste al mundo». «Pues creían encontrar siempre un lugar sagrado allí donde se levantaba una cruz o una iglesia.»<sup>27</sup> Mientras la rica iconografía del Santo de Asís no presenta nunca a Francisco con la escoba en la mano, son numerosísimas las representaciones donde Francisco sostiene la basílica de Letrán que se desploma, o aquellas donde, en la iglesita semidestruida de San Damián, escucha la invitación del Señor: «Francisco, ve, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo.»<sup>28</sup> Sin demora, se pone a trabajar en la restauración de la capilla de San Damián, sucesivamente repara la de Santa María de los Ángeles y después otra dedicada a San Pedro, que ya no existe. Su conversión inicia y coincide justamente con esta obra manual de reconstrucción, un trabajo pesado como había sido el perío-

<sup>26</sup> CÍ.LP18.

<sup>27</sup> TC37.

<sup>28</sup> 2Cel 10. Cf. Por ejemplo: P. SCARPELLINI, «Iconografia francescana nei secoli XIII e XIV», en *Francesco d'Assisi, storia e arte*, Electa, Milano 1982; J. POESCHKE, *Die Kirche San Francesco in Assisi und ihre Wandmalerei*, Hirmer, München 1985; K. KRÜGER, *Der frühe Büdkult des Franziskus in Italien*, Mann Verlag, Berlín 1992; W. R. COOK, *Images of St. Francis of Assisi in painting, stone and glass from the earliest images to ed. 1320 in Italy. A Catalogue*, Leo S. Olschki, Firenze 1999; S. Gieben, «Das Tafelkreuz von San Damiano in der Geschichte. Mit einem ikonographischen Anhang», en *Collectanea Franciscana* 71 (2001) 25-35.

do dedicado a los leprosos. Dominándose y superándose a sí mismo en estos duros y humildes trabajos, llega a la victoria, atrayendo a un gran número de hombres y mujeres, que por su ejemplo son conducidos en el camino de la penitencia. El Francisco «mínimo», «simple e idiota», da vida a tres grandes Órdenes (Hermanos Menores, Hermanas Pobres, Hermanos y hermanas de la Penitencia) que como tres arroyos, que brotan de un único manantial, han regado y revitalizado gran parte de la Iglesia medieval. De la semilla de Francisco ha nacido un gran árbol cargado de múltiples frutos y de bellas flores, es decir, una multitud de santos y de santas que manifiestan y cantan la belleza inagotable de la fantasía creadora de Dios.

Traducción: Fr. Raimundo Domínguez, ofm

FELICE ACCROCCA

## FRANCISCO, *FORMA DE LOS MENORES* *EL MEMORIAL DE TOMÁS DE CELANO, JOYERO VALIOSO*

«Francesco forma dei minori. Il Memoriale di Tommaso, scrigno prezioso», en *Frate Francesco* 73 (2007) 239-275.

El *Memoriale in desiderio animae* [2Cel]\* es, de manera inequívoca, una obra preciosa y deslumbrante, que todavía origina polémica. En mis trabajos anteriores<sup>1</sup> he señalado el largo camino que todavía queda por recorrer hasta conseguir un texto críticamente fiable (el que corrientemente se cita —editado por los Padres de Quaracchi— es más bien el fruto de un artificio editorial) y he propuesto un método para solucionar el viejo problema sobre el relato de la juventud y conversión de Francisco, que ocupa la primera parte de la obra, para la cual Celano utilizó sobre todo los testimonios de los paisanos de Francisco.<sup>2</sup> El hagiógrafo se sirvió también de otros materiales de procedencia heterogénea, entre

\* *NR*: Este título, que aparece en los *incipit* de los manuscritos de la obra, corresponde al de *Vita secunda* de la edición latina de Quaracchi y al de *Vida segunda* de las versiones españolas. La abreviatura *Mem*, utilizada por Accrocca, es sustituida por *2Cel*; de la misma manera, *CAss* (*Compilatio Assisiensis*) por *LP* (*Leyenda de Perú-sa*). Citamos las fuentes según: *San Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época*. Edición preparada por José Antonio Guerra, BAC 399, Madrid, 2.<sup>a</sup> ed. 2006. No hemos transcrito en latín los textos citados, excepto aquellos que no están traducidos al español y algunas frases que facilitan una mejor comprensión de las tesis de profesor Accrocca.

<sup>1</sup> Cfr. F. ACCROCCA, «Le due redazioni del *Memoriale nel desiderio dell'anima* di Tommaso da Celano», en *Frate Francesco* 72 (2006) 153-186; ID., «Problemas de juventud. La conversión de Francisco según el *Memorial* de Tomás de Celano», en *Selecciones de Franciscanismo* n. 117 (2010) 391-418.

<sup>2</sup> En el segundo artículo, examinando las opiniones presentadas por los historiadores para esclarecer las diferencias entre la *Vita* [ICel] y el *Memoriale* [2Cel], al narrar la juventud de Francisco, no consideré lo suficiente un estudio de Raoul Manselli, que, sin embargo, lo había leído varias veces, años atrás, en cuanto dedicado sobre